

Subjetividad conspirativa contemporánea. Notas para una cartografía teórica

Jon Ureña Salcedo¹

Recibido: 22-12-2021 / Aceptado: 14-02-2022

Resumen. El artículo trata de acometer una aproximación intelectual al concepto de teoría conspirativa, a fin de explorar tentativamente posibles cartografías para una adecuada comprensión de su significatividad y pregnancia contemporáneas. Para ello, se procederá a un somero repaso de las aportaciones recientes al estudio de las teorías conspirativas desde una pluralidad de disciplinas (estudios culturales, teoría política, psicoanálisis, psicología social o filosofía) y a una exploración de sus mecanismos de funcionamiento y sus posibles funciones dentro del campo de fuerzas configurado alrededor de la relación existente entre neoliberalismo y populismo. Finalmente, se propone una concepción de la teoría conspirativa contemporánea como una forma de teodicea, en cuanto a que cumple funciones de explicación del mal y de desplazamiento de la responsabilidad.

Palabras clave: conspiración; mito; neoliberalismo; populismo; teodicea.

[en] Contemporary Conspiratorial Subjectivity. Notes for a Theoretical Cartography

Abstract. The article seeks to undertake an intellectual approach to the concept of conspiracy theory, in order to tentatively explore possible cartographies for an adequate understanding of its contemporary significance and pregnancy. To do this, we will proceed to a brief review of recent contributions to the study of conspiracy theories from a plurality of disciplines (cultural studies, political theory, psychoanalysis, social psychology or philosophy), and an exploration of their operating mechanisms and their possible functions within the field of forces configured around the relationship between neoliberalism and populism. Finally, a conception of contemporary conspiracy theory is proposed as a form of theodicy, insofar as it fulfills the functions of explaining evil and displacing responsibility.

Keywords: Conspiracy; Myth; Neoliberalism; Populism; Theodicy.

Sumario. 1. Cuestiones conceptuales. 2. De la patologización a la comprensión. 3. Deseo conspirativo. 4. Neoliberalismo y populismo como campo de fuerzas. 5. Razón neoliberal y poder. 6. Subjetividad, comunidad de salvación y tiempo. 7. Neoliberalismo y teoría conspirativa. 8. Populismo y teoría conspirativa. 9. Mito y teoría conspirativa. 10. Cadenas de equivalencia invertidas. 11. Sentido de impotencia y conspiración. 12. Teoría conspirativa: una forma de teodicea contemporánea.

Cómo citar: Ureña Salcedo, J. (2022). Subjetividad conspirativa contemporánea. Notas para una cartografía teórica. *Res Pública. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 25(2), 219-229.

1. Cuestiones conceptuales

La labor de definición del concepto de teoría conspirativa encuentra ciertos obstáculos: su uso cotidiano cumple una función descalificativa; sin embargo, las conspiraciones a las que alude, en ocasiones, se producen realmente, por lo que no es prudente tratar a la teoría conspirativa como inherentemente defectuosa; además, se identifica un desfase temporal entre la acuñación del

término y el vetusto fenómeno que designa². Desde una perspectiva histórico-conceptual, Andrew McKenzie-McHarg postula un periodo, de 1870 a 1970, en el que el concepto de “teoría de la conspiración” penetra en el vocabulario conceptual de la sociedad³. El periodo inmediatamente anterior (1750-1850) coincide parcialmente con lo que Reinhardt Koselleck identificó como *Sattelzeit*⁴, y en el que se produjo la reconfiguración de la arquitectura conceptual del discurso político europeo.

¹ Universidad Complutense de Madrid
jonurena@ucm.es

² “Conspiracy theory in historical, cultural and literary studies”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 3-4.

³ A. McKenzie-McHarg, “Conceptual history and conspiracy theory” en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, p. 18.

⁴ R. Koselleck, “Einleitung”, en O. Brunner, W. Conze and R. Koselleck (eds.) *Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, vol. 1, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972.

Christian Geulen⁵, en la estela de Koselleck, teorizó las reconfiguraciones conceptuales del periodo posterior a la *Sattelzeit*. Desde esta perspectiva, se habría producido un proceso de democratización para el concepto de “conspiración”, que habría pasado de limitarse a designar intrigas entre élites a relacionarse, desde el siglo XVIII, con sentidos revolucionarios, proletarios y plebeyos. Por otro lado, la invocación de una conspiración a través del vehículo conceptual del término “teoría” tiene que ver con un proceso de científicización, en el que normas, modelos y estándares científicos comienzan a ser emulados o imitados en áreas de la sociedad que hasta ese momento se legitimaban por la tradición u otras formas de autoridad⁶.

El politólogo estadounidense Michael Barkun⁷ entiende que una teoría conspirativa es la creencia en que una organización (de individuos o de grupos) está o estuvo actuando encubiertamente para conseguir un fin malévolo. La cosmovisión conspirativa, además, implica que el universo está gobernado por el diseño y, en consecuencia, propone tres principios que pueden ser encontrados virtualmente en todas las teorías conspirativas: nada ocurre por accidente, nada es como parece y todo está conectado. El *Routledge Handbook of Conspiracy Theories*, en su capítulo dedicado a la aproximación teórico-política a las teorías conspirativas, propone una definición de consenso⁸ que parte de la consideración de las teorías conspirativas como cosmovisiones basadas en el miedo a conspiraciones que podrían ser ciertas pero no están probadas todavía, que son imposibles de probar o que sencillamente son fantaseadas. Su esencia no es el simple miedo o la denuncia de una conspiración concreta, sino su carácter de cosmovisión política hegemónica y sistémica en la que la hipótesis de una conspiración nunca es cuestionada.

Se trata, en definitiva, de teorías del poder, de sus prácticas y representaciones, en las que la trama, los pactos, el secreto y el encubrimiento juegan un rol central. Se basan en un dualismo simplista en el que la gran mayoría ordinaria e inocente de las personas se ve amenazada sin cesar por una élite maligna, *outsider* radical, motivada por la búsqueda de poder económico y político absoluto. Asimismo, los creyentes se imaginan a sí mismos como racionales y lógicos, porque asumen que nada

sucede accidentalmente, nada es lo que parece y todo está conectado en una trama a gran escala orquestada por fuerzas del mal. Por último, se alude a un resultado pseudocrítico, derivado de la combinación de una actitud hipercrítica (*trust no one*) con una toma de posición infracrítica (en la que la existencia de la conspiración nunca es cuestionada)⁹.

2. De la patologización a la comprensión

Desde la primera oleada de estudios relacionados con teorías conspirativas a mediados del siglo XX, la disciplina ha descrito una serie de desplazamientos: se ha comenzado a prestar una mayor atención a las democracias liberales en detrimento de las dictaduras y los regímenes autoritarios; por otro lado, se ha pasado del análisis de los contenidos a cuestiones sobre su epistemología formal; y, por último, se ha descrito un trasvase del foco de atención desde los líderes (y su uso instrumental de las teorías conspirativas) a las masas (que frecuentemente se aferran a ellas)¹⁰. Alrededor del cambio de siglo, fundamentalmente desde los estudios culturales, se comenzaron a desafiar las concepciones ortodoxas que habían seguido la línea psicopatologizadora inaugurada por la obra seminal al respecto, *The Paranoid Style in American Politics*¹¹ de Richard Hofstadter. Estos autores asumían que su tarea no era condenar las manifestaciones populares de teorías de la conspiración¹², sino una correcta comprensión de su atractivo y su significación cultural¹³, su papel como proveedoras de confort en momentos de incertidumbre¹⁴ o su pregnancia para dar cuenta de problemas complejos que de otra forma permanecerían no tratados¹⁵.

Un buen número de acercamientos de este tipo se apoyan en la aportación de Fredric Jameson, quien concibe las teorías conspirativas como el mapeo cognitivo de los pobres en la era posmoderna. Así, este tipo de narrativas constituirían intentos desesperados (y falli-

⁵ C. Geulen, “Plädoyer für eine Geschichte der Grundbegriffe des 20. Jahrhunderts”, *Zeithistorische Forschungen/Studies in Contemporary History*, vol. 7, 2010, pp. 79-97.

⁶ Este proceso de científicización que vinculó los conceptos de conspiración y teoría se habría producido fundamentalmente en dos tipos de discursos: el criminológico-forense, en el que la expresión se ha empleado en un sentido neutral, referido a eventos singulares (crímenes) y no considerando la “teoría de la conspiración” como un fenómeno genérico; y el discurso científico-social, que se ha referido a las “teorías de la conspiración” en sentido peyorativo, derivado de la inadecuación del término “conspiración” para designar fenómenos sociales de largo alcance o para establecer narrativas que doten de sentido a eventos particulares (A. McKenzie-McHarg, *op. cit.*, pp. 23-26).

⁷ M. Barkun, *A Culture of Conspiracy. Apocalyptic Visions in Contemporary America* (Second, Ser. Comparative studies in religion and society, 15), Berkeley, University of California Press, 2013.

⁸ J. Giry y P. Tika, “Conspiracy theories in political science and political theory” en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, p. 114.

⁹ *Ibidem*, pp. 114-115.

¹⁰ V. Heins, “Critical theory and the traps of conspiracy thinking”, *Philosophy & social criticism*, 33, 7, 2007, p. 789.

¹¹ R. Hofstadter, *The paranoid style in American politics*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1996.

¹² No obstante, las aproximaciones al fenómeno de las teorías conspirativas desde los estudios culturales también han recibido críticas: se han limitado casi exclusivamente al ámbito estadounidense o, en el mejor de los casos, occidental; se identifica un mayor interés en un periodo específico que suele abarcar desde la década de 1960 hasta nuestros días; y se identifica una insistencia carente de especificidad en una serie de factores sociológicos comunes (globalización, medios de comunicación de masas, avance tecnológico,...). En este sentido, puede identificarse cierto carácter patológico y paranoide en la obsesión de reducir toda explicación a las descomunales y oscuras fuerzas del capitalismo. Por último, cabría añadir que el intento de conectar con el potencial creativo, imaginativo e incluso progresista de las narrativas de naturaleza conspirativa corre el riesgo de pasar por alto o infravalorar sus manifestaciones o efectos potencialmente dañinos (M. Butter y P. Knight, “Conspiracy theory in historical, cultural and literary studies”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 34-35).

¹³ *Ibidem*, p. 31.

¹⁴ T. Melley, *Empire of Conspiracy: the Culture of Paranoia in Post-war America*, Ithaca, Cornell University Press, 2000, p. 8.

¹⁵ M. Butter y P. Knight, *op. cit.*, p. 32.

dos) por representar el sistema del capitalismo tardío¹⁶ y alegorías (en su forma más que en sus contenidos) de los complejos cambios sociales y económicos de la globalización. Desde esta óptica, se hace necesario indagar en el potencial imaginativo de formas populares degradadas como las teorías conspirativas, concebidas como fruto de un esfuerzo colectivo inconsciente por representar los paisajes y fuerzas que nos confrontan¹⁷. Algunas aportaciones de este tipo van más lejos, entendiendo que las formas de pensamiento conspirativo no constituyen una mera reacción inevitable a la posmodernidad, sino, en ocasiones, una respuesta creativa. Mark Fenster apunta hacia el rol productivo que pueden desempeñar las teorías conspirativas como desafíos al orden existente (si bien, excesivamente simplificadores)¹⁸.

3. Deseo conspirativo

Desde aproximaciones cercanas a la teoría crítica y el psicoanálisis se ha puesto el foco en el deseo como factor privilegiado, cuya no consideración habría estimulado la patologización de las teorías conspirativas como meros productos de pensamiento ilusorio¹⁹. Fenster²⁰ afirma que el modo de interpretación conspirativo está basado en un deseo circular de encontrar la verdad, que se manifiesta como una voluntad maniaca de búsqueda más que de conocimiento; y que, por tanto, se comporta de forma similar a la noción lacaniana de deseo²¹, que impone la continua postergación de su satisfacción definitiva²². Desde este enfoque, los momentos de crisis cultural, en los que el orden simbólico se ve debilitado, se relacionan positivamente con la proliferación de teorías conspirativas como formas compensatorias de esa debilidad²³. Así, la duda se convierte en una práctica ritualizada y mecánica que sostiene la fantasía ideológica del paranoico conspirativo, y opera como un elemento esencial del consumo de masas de los individuos y la

obsesión posmoderna con la otredad²⁴. Por otro lado, la combinación de condiciones neoliberales con la ética posmoderna y multiculturalista acerca del respeto al otro parecería producir en el sujeto una inversión paranoico-conspirativa, solipsista y claustrofóbica²⁵.

Han-yu Huang propone poner el foco en el vínculo íntimo que existe entre la subjetividad conspirativo-paranoica y el cinismo. La distancia que logra el cínico-paranoico mediante la duda permanente oculta la fantasía ideológica que estructura las relaciones de poder. Y, de la misma manera que la distancia dubitativa o irónica frente a una actividad en la que nos vemos involucrados nos permite, ante todo, seguir involucrados en ella; la duda permanente cínico-paranoica ofrece una estrategia de supervivencia²⁶ mercantilizada y estilizada que funciona como un soporte ideológico del *statu quo*²⁷. El cínico-paranoico, de esta forma, bajo la apariencia de la apertura y fluidez de la duda perpetua, presenta una voluntad de cierre (de forclusión de lo Real del antagonismo social²⁸, en términos lacanianos) y, por lo tanto, de pasividad frente a la fantasía fundamental que sostiene el *statu quo*²⁹.

4. Neoliberalismo y populismo como campo de fuerzas

Por tanto, desde la década de 1990, se ha venido produciendo un cuestionamiento de las concepciones psicopatologizadoras sobre teorías conspirativas (en favor de un esfuerzo por una adecuada comprensión de sus funciones y significación en el escenario globalizado, acelerado e incierto del capitalismo tardío) y una penetración de este tipo de relatos en la cultura popular de masas (reforzada, a su vez, por las posibilidades de acceso y difusión que permite internet³⁰).

¹⁶ F. Jameson, "Cognitive mapping", en C. Nelson and L. Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Basingstoke, Macmillan, 1998, p. 356.

¹⁷ "Hollywood thrillers often represent a crisis unleashing the labyrinthine structures of shadowy power and omnipotent surveillance technologies as a distorted allegory of the sublime complexity of multinational neoliberal capitalism" (N. Blanuša y T. Hristov, "Psychoanalysis, critical theory & conspiracy theory", en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, p. 73).

¹⁸ M. Fenster, *Conspiracy Theories: Secrecy and Power in American Culture*, Minnesota, University of Minnesota Press, 2008, p. 90.

¹⁹ N. Blanuša y T. Hristov, *op. cit.*, p. 67.

²⁰ M. Fenster, *op. cit.*, p. 103.

²¹ J. Lacan, (1958-1959) *El Seminario, Libro 6, El deseo y su interpretación*, Buenos Aires, Paidós, 2016.

²² El deseo únicamente puede ser mantenido mediante su constante desplazamiento hacia nuevos e infinitos detalles. Esta práctica interpretativa excesiva tendría, sin embargo, un efecto negativo en la participación ciudadana: el deseo cívico por un rol activo en política es desplazado hacia un régimen significante paralizante que se agota a sí mismo en un deseo obsesivo de información (N. Blanuša y T. Hristov, *op. cit.*, p. 74), combinando la imposibilidad de no ofrecer una respuesta (una más) con la imposibilidad de ofrecer la respuesta (definitiva) (*Ibidem*, p. 76).

²³ *Ibidem*, p. 77.

²⁴ H. Huang, "Conspiracy and paranoid-cynical subjectivity in the society of enjoyment: a psychoanalytic critique of ideology", *NTU Studies in Language and Literature*, 17, 2007, pp. 180-181.

²⁵ M. Featherstone, "The obscure politics of conspiracy theory", *Lancaster, The Sociological Review*, 48, suppl. 2, 2000, p. 31.

²⁶ La subjetividad cínico-paranoica, fetichista y mercantilizada, parece por tanto sintomática de la ansiedad generada por el encogimiento de la esfera pública y la dificultad para realizar elecciones políticas e imaginar la colectividad (H. Huang, *op. cit.*, pp. 183-184).

²⁷ H. Huang, *op. cit.*, pp. 181-183.

²⁸ El antagonismo social, oculto tras la fantasía del cínico-paranoico, al caer fuera de su registro simbólico, regresará en formas violentas y fundamentalistas que buscan despojar al Otro de su otredad. El fallo del Otro simbólico, no libera al sujeto, sino que lo vincula a un nuevo y mucho más cruel Amo, que tomará el lugar de la Ley y que lo perseguirá obsesivamente con mandatos superegoicos de goce (*Ibidem*, p. 187). Estos mandatos de goce generan una pulsión obsesiva de mezclar el goce en distintas tareas de acuerdo a una reinversión constante de las normas sobre cómo disfrutar, comer, vestirse, trabajar, dormir o morir éticamente. El resultado es la regresión a un narcisismo cerrado en sí mismo, más ansiedad, menos goce (nunca es suficiente) y una menor libertad. El mandato de goce obstaculiza más el acceso del sujeto al goce que una prohibición explícita que al menos sostiene la posibilidad de transgresión (*Ibidem*, pp. 187-188).

²⁹ H. Huang, *op. cit.*, p. 185.

³⁰ E. Gualda Caballero, "Social network analysis, social big data and conspiracy theories" en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 135-147.

En tanto las teorías conspirativas habitualmente dibujan fronteras antagónicas del tipo ellos-nosotros, parece legítimo intuir cierta relación con un fenómeno como el del populismo. Por otro lado, populismo y neoliberalismo han venido siendo recientemente abordados conjuntamente como configuraciones políticas entre las que existiría una relación tensa a la vez que solidaria. José Luis Villacañas³¹ caracteriza el populismo como una respuesta a la complejidad problemática que la modernidad entraña, en concreto, a la crisis social derivada de la globalización neoliberal³². Bajo esta óptica, el populismo sería un reflejo a nivel político del sistema socioeconómico neoliberal: cuanto más integrada se encuentre la subjetividad neoliberal en el sujeto y más desestructuración social genere, más se favorecerá la expansión del populismo³³.

5. Razón neoliberal y poder

En la estela de Michel Foucault y su *Nacimiento de la biopolítica*³⁴, Wendy Brown³⁵ entiende el neoliberalismo como un tipo determinado de razón, que configura todos los aspectos de la existencia en términos económicos, y plantea dos desplazamientos fundamentales, normativos y artificiales, en los principios de mercado de la razón neoliberal: un desplazamiento del intercambio a la competencia, que hace que todos los actores de mercado, incluidos los seres humanos individuales, pasen a ser considerados pequeños capitales que compiten entre sí y que se encuentran en un riesgo constante de fracasar; y –con voluntad revisionista respecto a los postulados foucaultianos– un desplazamiento de la libertad al sacrificio³⁶, derivado de la relevancia del concepto de deuda y la presencia constante de crisis que generan políticas de austeridad, responsabilización del sujeto, mutando el sentido del sacrificio ciudadano, que pasa de ser un gesto patriótico en un registro político-militar a otro económico.

³¹ J. L. Villacañas, *Populismo*, Madrid, La Huerta Grande, 2017.

³² *Ibidem*, p. 38.

³³ C. Ruiz Sanjuán, “El populismo como espejo del neoliberalismo”, *Res Publica* 20, 2, 2017, p. 383.

³⁴ M. Foucault, *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

³⁵ W. Brown, *El pueblo sin atributos*, Barcelona, Malpaso Ediciones, 2017.

³⁶ Para Brown, los mandatos de sacrificio al poder supremo de la economía y para su recuperación poseen un significado secular, político-moral, pero sobre todo religioso, pues en el sacrificio compartido para la recuperación económica sacrificamos fundamentalmente a un poder supremo del que somos radicalmente dependientes y no para conseguir unos beneficios que redunden en nosotros. Como con un sacrificio ritual primigenio, se le entrega vida a ese poder supremo para restablecer sus cualidades dadoras de vida. Brown indaga en las categorías de sustitución y desplazamiento propias del sacrificio ritual del chivo expiatorio, en la que la víctima absorbe todas las enemistades y tensiones de la comunidad para salvarla de su propia violencia, con el objetivo de cuestionarse sobre qué o quién es el objeto de sustitución en la razón neoliberal. La conclusión tentativa es plantear una inversión: es toda la comunidad la que debe sacrificarse por mantener ciertos elementos particulares en su interior.

Villacañas³⁷, por su parte, entiende que el neoliberalismo pretende establecer un arte racional de gobierno y, para ello, precisa que los gobernados acepten su verdad, considerando que la esfera política ni dice la verdad ni ofrece un espacio adecuado para su manifestación, abandonando el imaginario del igualitarismo y la democracia en favor exclusivo de la libertad individual³⁸. Apoyado en la foucaultiana distinción entre poder y dominación, Villacañas plantea un modo dual de funcionamiento del dispositivo neoliberal de poder: Por un lado, un poder mundial estratégico (instituciones de gobernanza) que define una verdad; y, por otro, una dominación local (estatal) que aplica esa verdad concretamente en sus dimensiones objetivas (en la infraestructura productiva, las estructuras de capital y las leyes estatales concretas) y subjetivas (en cuanto al dispositivo de libertad relativo al psiquismo libidinal y pulsional)³⁹. El gobierno pastoral neoliberal busca generar una tendencia a la obediencia voluntaria, para lo cual el estado se dota de un sentido de libertad susceptible de vincularse al del singular, que requiere una orientación general e interna de la subjetividad dentro del contexto objetivo que limita a la vez que propicia esa libertad: las leyes económicas que se imponen como una segunda naturaleza (no natural) resultado de procesos en los que el poder se desenvuelve⁴⁰. La nueva soberanía anida en la producción de esta segunda naturaleza: un soberano anónimo que inviste y ordena al estado para que aplique coactivamente las reglas económicas que generan esa un marco de competencia entre individuos que se entregan libremente a su salvación⁴¹.

6. Subjetividad, comunidad de salvación y tiempo

El *homo economicus* del neoliberalismo funciona como un *homo religiosus* puritano que ha tornado su sentido ético-religioso trascendente en tonalidades deportivas⁴² basadas en el goce: cada momento ha de fragmentarse como un diferenciado acto gozoso de competencia y cálculo económico. Para poder dotar de una vertebración de totalidad a esta lógica, se le añadió el exceso de lo que Jacques Lacan llamó *plus-de-goce*⁴³, afín a la noción de plusvalía capitalista, consistente en la aplicación de la lógica del progreso al principio de placer, de acuerdo a una promesa constante de aumento, ampliación y acele-

³⁷ J. L. Villacañas, *Neoliberalismo como teología política*, Ulzama, NED Ediciones, 2020.

³⁸ *Ibidem*, pp. 104-105.

³⁹ *Ibidem*, pp. 107-109.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 115-116.

⁴¹ *Ibidem*, p. 118.

⁴² *Ibidem*, p. 119.

⁴³ El plus-de-goce aparece aquí como la contrapartida que el capitalismo que se había producido inconscientemente buscando el favor de un Otro religioso y trascendente, y que ahora reocupaba su lugar elevándose a verdadero Otro, garantiza a cambio del deseo consciente de más capitalismo por parte del sujeto (*Ibidem*, pp. 125-126). Este dispositivo es el plus-de-goce que no puede decaer porque no podría generarse la elevación a Otro del capitalismo. La puritana gracia de los predestinados, agraciados en tanto capaces de cumplir con los deseos del Otro, es ahora la capitalización de uno mismo como centro existencial expresada en valor de crédito, como una mirada integradora de toda la existencia (*Ibidem*, pp. 127-128).

ración, penetrando en las profundidades de la subjetividad y dotando de cierta unidad a la totalidad de la vida, taponando así la necesidad de administrar la pulsión de muerte⁴⁴. El sistema psíquico desbocado del sujeto, verdadero motor del sistema productivo, queda expuesto a la proliferación creciente y acelerada de infinitos objetos de motivación en los universos virtuales⁴⁵.

La comunidad de salvación neoliberal se relaciona con la adaptación de los sujetos al medio común de la segunda naturaleza creada por el poder, que mantiene el carácter coactivo y hostil de la realidad. Se trata de una operación normalizadora, basada en la invasión de la interioridad del sujeto como una verdad libremente aceptada⁴⁶, que cercena la posibilidad de heterodoxia tanto más en cuanto los excluidos de la comunidad de salvación/normalización se autorrepresenten como culpables y se reconcilien con su fracaso ante la naturaleza de las cosas⁴⁷. No obstante, existe en el neoliberalismo una conciencia de no-cierre, de tensión y de apertura a la evolución controlada y la readaptación ilimitada que oculta el poder mundial que ha elevado el capitalismo a medio definitivo⁴⁸.

Maurizio Lazzarato analiza el sentido de temporalidad neoliberal como el de una memoria volcada hacia el futuro, que promete satisfacer la deuda en un futuro sometido a la incertidumbre del tiempo⁴⁹. Aquel que posee crédito es alguien que es relativamente eficaz reduciendo la incertidumbre en el tiempo. La economía neoliberal de la deuda consiste entonces en una “técnica securitaria de gobierno tendente a reducir la incertidumbre de las conductas de los gobernados”, produciendo responsabilización y culpabilización de los sujetos⁵⁰ y el bloqueo sobre las posibilidades del futuro: “la deuda, en efecto, neutraliza el tiempo a secas, el tiempo como creación de nuevas posibilidades, esto es la materia prima de todo cambio político, social o estético”⁵¹. La cuestión de las posibilidades futuras de cambio bloqueadas, igualmente, resuena con algunas consideraciones de Mark Fisher en *Realismo Capitalista*. Para Fisher, en nuestros días, la expresión thatcheriana “no hay alternativa” llevaría aparejada una dimensión ontológica distinta: el capitalismo neoliberal no sería ya el mejor sistema, sino el único⁵². En estas condiciones, el poder del realismo capitalista derivaría de su capacidad de subsunción y consumo de todas las historias previas de manera que haría colapsar las creencias en el nivel ritual y simbólico, quedando en pie, únicamente, el consumidor-espectador⁵³.

Villacañas, en una línea similar, habla de un presente ampliado en el que el pasado irrumpe despojado de toda reflexividad y en la que todo está asociado con todo, pero de manera superficial y reactiva, lo cual obliga a

una constante reposición acelerada. La consecuencia, resonante con Lazzarato y Fisher, es que en esas condiciones el resultado es el inmovilismo⁵⁴, que obstaculiza la apertura de posibilidades de la historia en favor de una vía única evolutiva obligatoria, según la cual, la óptima adaptación a la crisis permanente como forma estabilizada de naturaleza se relaciona con un satisfactorio implante del *homo economicus* en el sujeto⁵⁵; lo cual produce terror, que excede al simple miedo en cuanto a que se ignora la extensión completa del peligro, respecto al que se es ya incapaz de crear distancia reflexiva⁵⁶. Se trata, en consecuencia, de un poder que, al igual que lo numinoso, y precisamente a causa de su invisibilidad e impersonalidad, provoca terror. El neoliberalismo hace del capitalismo este poder invisible casi divino, cuyas catástrofes aterrizan, pero cuyas recompensas y bienes aportan goce⁵⁷.

7. Neoliberalismo y teoría conspirative

*If competition is chasing you (and they always are—this is why “only the paranoid survive”), you only get out of the valley of death by outrunning the people who are after you. And you can only outrun them if you commit yourself to a particular direction and go as fast as you can (...). If you’re wrong, you will die (...). The greater danger is standing still*⁵⁸.

Así se expresaba Andrew Stephen Grove, antiguo presidente y director ejecutivo de la compañía *Intel*, en *Only the Paranoid Survive*, obra publicada originalmente en 1988 que encumbra precisamente a la paranoia – poco más de 20 años después de Hofstadter y en pleno desfile triunfal del neoliberalismo– como el estilo prudente y virtuoso de conducta para un mundo gobernado por la competencia.

Además, la razón neoliberal desplaza el foco de la libertad hacia el sacrificio al poder supremo de la economía. Este sacrificio parecería colocar al conjunto de la sociedad en el lugar del chivo expiatorio que absorbe todas las tensiones de la sociedad para salvarla de su propia violencia. La sociedad, como un todo, ha de ofrecer en sacrificio aquello de lo que debe desprenderse para salvarse a sí misma: los vínculos sociales entre cada singular no regidos por la ratio económica: “(...) who is society? There is no such thing! There are individual men and women and there are families”⁵⁹.

La cuestión del sacrificio y del chivo expiatorio es un tema recurrente en las aproximaciones intelectuales al fenómeno de las teorías conspirativas. El señalamiento de chivos expiatorios puede cumplir una función de ma-

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 120-122.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 34.

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 148-149.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 160.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 155-156.

⁴⁹ M. Lazzarato, *La fábrica del hombre endeudado*, Buenos Aires, Amorrortu, 2010, pp. 51-52.

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 52-53.

⁵¹ *Ibidem*, p. 56.

⁵² M. Fisher, *Realismo capitalista ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires, Caja Negra, 2016, p. 127.

⁵³ *Ibidem*, p. 25.

⁵⁴ J. L. Villacañas, *Neoliberalismo como teología política*, op. cit., pp. 171-173.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 184.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 188.

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 190-191.

⁵⁸ A. S. Grove, *Only the Paranoid Survive*, New York, Crown Business, 1999, p. 126.

⁵⁹ M. Thatcher, *No Such Thing as Society / Entrevistada por Douglas Keay*, Woman’s Own, 1987. <https://www.margarethatcher.org/document/106689>

nejo de la ansiedad provocada por determinados eventos. En este sentido, se produce un desplazamiento de la ansiedad no específica hacia su concreción en miedos particulares, responsabilizando a determinados individuos o grupos de ser los causantes de dicha ansiedad⁶⁰. El señalamiento de chivos expiatorios, igualmente, ha sido descrito como una fuerza que fomenta la comparación del grupo con otros grupos poderosos y como una forma de respuesta frente al sentido de pérdida de control personal, conduciendo a la adhesión a creencias conspirativas congruentes con la visión del grupo según una lógica de “victimismo competitivo”⁶¹.

El neoliberalismo, asimismo, impone un sentido de libertad que exige que el cálculo económico rija todas las esferas y postula el mercado como espacio de veridicción, en detrimento de la política. Esto parece congruente con la estructura de muchas teorías conspirativas, en cuanto que conciben la esfera política como un “teatro” que oculta las verdaderas relaciones de poder. Además, parecen brotar algunas regularidades entre, por un lado, el carácter de adaptación y normalización obligada para formar parte de la comunidad de salvación neoliberal, lo cual ni logra una estabilidad real (salvo la perpetuidad “estable” de la exigencia de readaptación constante), ni tampoco permite una verdadera heterodoxia; con, por otro lado, la duda constante del sujeto conspirativo, cuyo deseo, para ser mantenido, requiere la perpetua postergación de su satisfacción definitiva, lo que además encuentra resonancias con la excitación del psiquismo que Villacañas mencionaba con respecto al plus-de-goce neoliberal: “De ahí la íntima afinidad entre el capitalismo neoliberal y la creación de la virtualidad centrada en la capacidad afectiva de atención alucinatoria del deseo a través de la imagen”⁶². Cabría interpretar, por tanto, la teoría conspirativa como una de las formas en las que se manifiesta el plus-de-goce neoliberal. Así, frente a la carencia de instancias reflexivas en el sujeto configurado por el neoliberalismo, las representaciones sobre la segunda naturaleza configurada por el poder mundial del neoliberalismo devienen meras alegorías mercantilizadas⁶³.

Decía Michel Foucault que “donde hay poder, hay resistencia”⁶⁴. De acuerdo a esto, las teorías conspirativas constituirían intentos desesperados, reactivos y paranoides, pero gozosos y compensatorios, por oponer una resistencia a un poder mundial cuya sofisticación y complejidad obstaculizan su correcta identificación. De este modo, compensan imaginariamente el debilitamiento del orden simbólico intentando invocar algo contra lo que oponer resistencia. Y en tanto, “no obstante (o mejor: por lo mismo), ésta [resistencia] nunca está en posición

de exterioridad respecto del poder”⁶⁵, la resistencia que plantea la teoría conspirativa tenderá a ser, lógicamente, una resistencia imaginaria, puesto que lo que realmente enfrenta es la representación imaginaria de un orden simbólico debilitado⁶⁶. Frente a la imposibilidad de una adecuada identificación de un poder borroso, impersonal y acéfalo, que satura la estructura libidinal del sujeto con una infinidad de opciones de consumo y excitación psíquica, las teorías de la conspiración, como alegorías mercantilizadas, son capaces de excitar el psiquismo como formas de consumo de experiencias imaginarias de resistencia (acordes al “poder” que realmente enfrentan). En este sentido, las teorías conspirativas funcionan como una suerte de *roleplays* subjetivos de resistencia.

8. Populismo y teoría conspirativa.

En el interior de las teorías conspirativas late una pulsión por explicar y delinear los contornos del mal⁶⁷. “We are, in other words, dealing with tales of actions of evildoers”⁶⁸. La cuestión tiene que ver, por tanto, con cierta caracterización del enemigo: el núcleo de las teorías conspirativas es la imagen de un enemigo o grupo de enemigos de la comunidad⁶⁹. En el populismo, la caracterización, por parte de un grupo, de un enemigo común para una multiplicidad de experiencias de conflicto dotará de identidad a dicho grupo⁷⁰. Asimismo, es una condición necesaria para el surgimiento de las teorías de la conspiración la existencia de una explicación oficial aceptada que poder contradecir⁷¹. Estos procesos tendrían que ver con la construcción de un enemigo antitético como copia simétrica e invertida de las estructuras propias⁷². Hannah Arendt⁷³ ya había apuntado hacia algo similar en cuanto al papel que jugó el panfleto conspirativo de *Los Protocolos de los Sabios de Sion* como manual de dominación⁷⁴. Más allá de matices en el tiempo y en el espacio, los movimientos populistas se caracterizan por una visión del mundo binaria según la cual las sociedades se dividen entre una *élite*, maligna y parasitaria, que explota la inocencia y la bondad inherente del

⁶⁵ *Ibidem*, p. 57.

⁶⁶ Por eso –recordando el inicio del capítulo VIII de Don Quijote– al principio Sancho, como es sabido, solo puede responder “¿qué gigantes?” cuando Quijote le ofrece enrolarse en la resistencia imaginaria que ha organizado: porque está en una situación de exterioridad radical frente al poder que se dispone a enfrentar Quijote. Uno no puede enfrentar gigantes si solo ve molinos.

⁶⁷ M. Barkun, *op. cit.*

⁶⁸ E. Bergman, *Conspiracy & Populism. The Politics of Misinformation*, Cham, Palgrave Macmillan, 2018, p. 59.

⁶⁹ N. Blanuša y T. Hristov, *op. cit.*, p. 77.

⁷⁰ E. Laclau, *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 44.

⁷¹ E. Bergman, *op. cit.*, p. 55.

⁷² M. Leone, M. Madisson y A. Ventsel, “Semiotic approaches to conspiracy theories”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, p. 50.

⁷³ H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1998.

⁷⁴ Los nazis descubrieron que “las masas no estaban tan aterradas por una dominación judía mundial como interesadas en averiguar cómo podría realizarse, que la popularidad de los *Protocolos* se basaba en la admiración o el fervor más que en el odio, y que sería prudente permanecer tan cerca como fuera posible de algunas de sus más importantes fórmulas” (*Ibidem*, p. 292).

⁶⁰ A. Bangarter, P. Wagner-Egger y S. Delouée, “How conspiracy theories spread”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, p. 212.

⁶¹ M. Biddlestone, A. Cichoca, I. Žeželj y M. Bilewicz, “Conspiracy theories and intergroup relations”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 222-223.

⁶² J. L. Villacañas, *Neoliberalismo como teología política*, Ulzama, NED Ediciones, 2020, p. 132.

⁶³ *Ibidem*, p. 132.

⁶⁴ M. Foucault, *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1998, p. 57.

pueblo, el cual precisa del líder populista para canalizar su resistencia en acción significativa⁷⁵. Desde esta aproximación, populismo y teorías conspirativas comparten los siguientes rasgos: ambos son términos descalificativos; son vistos como respuestas simplistas a problemas complejos (si bien, a diferencia del populismo, los relatos conspirativos a menudo ofrecen explicaciones muy detalladas de cuestiones complejas)⁷⁶; ambos proliferan y se benefician de las cámaras de eco propias de las redes sociales; aunque apenas se ha estudiado, los dos están relacionados con cuestiones de identidad de género; ambos han sido descritos como peligrosos para la democracia y cercanos al extremismo; y ambos son tachados a menudo como lo opuesto a lo que debería ser la política⁷⁷.

A pesar de estas afinidades, la relación apenas ha sido sistemáticamente estudiada. *Conspiracy & Populism*⁷⁸ de Eiríkur Bergmann es el único monográfico sobre la cuestión. Bergmann explora la posibilidad de que las teorías conspirativas hayan venido funcionando como una forma de discurso populista⁷⁹, expresiones de protesta populista e incluso como teorías populistas del poder⁸⁰. En cualquier caso, Bergmann considera que tanto el pueblo como las élites se sirven de las teorías conspirativas⁸¹. Teoría conspirativa y populismo tienen que ver con la evocación discursiva del enemigo, pero si la primera no ofrece necesariamente una respuesta de cómo derrotarlo⁸², el populismo y sus líderes, sin embargo, se suelen posicionar como los genuinos defensores del pueblo contra amenazas externas e internas⁸³. Aunque la relación entre teorías conspirativas y populismo es, más allá de las afinidades, ambigua, los estudios sugieren una correlación entre la creencia en teorías conspirativas y la atracción por discursos populistas⁸⁴.

9. Mito y teoría conspirative

Tanto “teoría conspirativa” como “mito” suelen funcionar cotidianamente como términos descalificativos. Asimismo, es fácil identificar elementos mitológicos en muchas teorías conspirativas, al igual que se ha puesto de manifiesto la existencia de patrones conspirativos en ciertos mitos fundacionales de naciones o Estados⁸⁵. Sin

embargo y por lo que a la presente aproximación le interesa, existe una diferencia fundamental entre la función originaria del mito según Hans Blumenberg y la forma de conectar eventos (relativamente) desvinculados con la que habitualmente operan las narrativas de naturaleza conspirativa.

Para entender la concepción del mito en Blumenberg es necesario dar cuenta del concepto de “absolutismo de la realidad”, un concepto límite, al estilo del típico estado de naturaleza de los teóricos clásicos⁸⁶, que busca ser congruente con el núcleo común de las teorías antropogénicas, que sitúan el origen de lo humano en el abandono de una forma de vida declinante, caracterizada por el ocultamiento y la adaptación en el interior de la selva, en favor de la dramática expansión del horizonte que se derivó de la toma de una postura erguida y bípeda:

Un compendio de las correspondencias originadas con ese salto en la situación, no concebible sin un sobreesfuerzo que es consecuencia de una abrupta inadaptación. Ese rendimiento extra incluye la capacidad de prevención, de adelantamiento a lo aún no ocurrido, el enfoque hacia lo que está ausente tras el horizonte⁸⁷.

El absolutismo de la realidad, por tanto, denota para Blumenberg esa situación primigenia de angustia, que tiene que ver con un “horizonte inocupado de posiciones de lo que pueda advenir”⁸⁸ y que ordena una labor de anticipación y de racionalización en forma de miedo, para lo cual no sirve primariamente la experiencia o el conocimiento, sino que más bien se produce:

En virtud de una serie de artimañas, tales como, por ejemplo, la suposición de que hay algo familiar en lo inhóspito, de que hay explicaciones en lo inexplicable, nombres en lo innombrable. Para hacer de lo inactual e invisible objeto de una acción de rechazo, de conjura, de reblandecimiento o despotenciación se corre ante ello, como un velo, otra cosa⁸⁹.

Por lo tanto, la función originaria del mito es, a juicio de Blumenberg, de alejamiento y despotenciación del carácter absolutista con el que se manifestaba aquella realidad primera, es decir, supone una operación de “división arcaica de poderes”:

El mito (...), en su empeño de desmontar el absolutismo de la realidad hizo, a partir de un informe bloque de poderío opaco –que estaba sobre el hombre y contra el hombre–, un reparto en multitud de poderes que competían entre sí y hasta se invalidaban mutuamente⁹⁰.

Lo que se encuentra tras la opacidad que Villacañas y Blumenberg mencionan para describir el poder mundial del neoliberalismo y el absolutismo de la realidad, respectivamente, es representado por la teoría conspirativa y el mito de formas opuestas. Así, tras la retórica antiautoritaria que reviste un buen número de teorías

⁷⁵ E. Bergman y M. Butter, “Conspiracy theory and populism”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, p. 331.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 170.

⁷⁷ *Ibidem*, pp. 332-333.

⁷⁸ Bergman pone el foco sobre los populismos de derecha y extrema derecha surgidos en Europa a comienzos del nuevo milenio, cuya proliferación coincidió con el incremento de la difusión de teorías conspirativas; si bien, no todos los populistas son teóricos de la conspiración, ni todos los relatos conspirativos tienen una faceta política populista. Sin embargo, los populistas de derecha se han mostrado especialmente proclives a crear y difundir relatos conspirativos (*Ibidem*, p. 3).

⁷⁹ *Ibidem*, p. 13.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 53.

⁸¹ *Ibidem*, p. 108.

⁸² *Ibidem*, p. 59.

⁸³ *Ibidem*, p. 110.

⁸⁴ *Ibidem*, pp. 101-102.

⁸⁵ J. Dean, *Publicity's Secret. How Technoculture Capitalizes on Democracy*, Ithaca, Cornell University Press, 2002, pp. 56-57.

⁸⁶ H. Blumenberg, *Trabajo sobre el mito*, op. cit., p. 11.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 12.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 14.

⁸⁹ *Idem*.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 21.

conspirativas se esconde cierta pulsión absolutista, pues unifican imaginariamente el funcionamiento de poderes divididos o difusos, o las concatenaciones complejas de eventos. Mientras que el mito en su función originaria se esfuerza por fragmentar y dividir, las narrativas conspirativas habitualmente conectan y unifican. En este sentido, las últimas se moverían más cerca de la estructura del dogma⁹¹, tendiendo a la restitución ortodoxa y unitaria, no a su descarga y división⁹².

10. Cadenas de equivalencia invertidas

Podría decirse que las teorías conspirativas se estructurarían a través de la construcción de cadenas de equivalencia negativas o invertidas. Si, según la teoría de Ernesto Laclau, la lógica equivalencial del populismo brota a partir de la insatisfacción de las demandas, unidad básica, respecto a un *statu quo* dado⁹³; la lógica equivalencial de las teorías conspirativas no caería del lado de los sujetos que padecen la insatisfacción de sus demandas, sino más bien del lado de los agentes responsables de dicha insatisfacción. Así, se harían equivalentes diferentes eventos desagradables o actores amenazantes, en tanto que parte de un plan unitario perfectamente diseñado e implementado⁹⁴, que beneficia, a expensas del sujeto insatisfecho, a distintos actores como participantes de un *statu quo* que, a pesar de las apariencias, está armónicamente ensamblado en un sentido igualmente tendente a lo unitario, de manera congruente con el concepto de “superconspiración” de Barkun⁹⁵. De este modo, se conecta lo que es aleatorio y se reunifica lo que aparece fragmentado según una lógica equivalencial negativa, del lado del “ellos”, que no construye “pueblo”, sino que frente al malestar y el fracaso del sujeto insatisfecho construye una imagen de la “élite” tan omnipotente que sitúa al sujeto aislado en una posición marcada por la impotencia; lo cual será contrarrestado, no obstante, por cierto sentido de omnipotencia epistemológica, derivado de la experiencia subjetiva de desentrañar parte de la conspiración de la que es víctima. Fenster habla de *conspiracy rush*, una especie de explosión afectiva

de adrenalina similar a la sensación de haber tenido una revelación⁹⁶.

Si en el populismo se configura una cadena de equivalencias de demandas insatisfechas en torno a un significativo vacío (habitualmente, el nombre del líder) con respecto a un enemigo responsable de dicha insatisfacción, en la teoría conspirativa se produce la equivalencia de eventos o actores en torno a significantes vacíos (*Illuminati, New World Order,...*) que hacen referencia a organizaciones, proyectos u operaciones (reales o no) amenazantes respecto al sujeto aislado. El papel que el enemigo juega en la configuración populista laclausiana lo asume el sujeto expuesto a la teoría conspirativa. El planteamiento es el de una operación imaginaria análoga a la populista, pero invertida, en la que el sujeto conspirativo se convierte en el enemigo de un enemigo que ya ha configurado una cadena de equivalencias invertida contra él. Si en el populismo la unidad básica es la demanda insatisfecha, en el caso de la teoría conspirativa, se evoca la idea de que el sujeto expuesto a ellas es, él mismo, un esclavo de la satisfacción de las demandas y deseos del poder. Se subraya, por tanto, la naturaleza necesariamente insatisfecha del sujeto frente a un poder con una capacidad descomunal para satisfacerse de manera óptima a expensas de él.

11. Sentido de impotencia y conspiración

Desde la psicología social, Roland Imhoff y Pia Lamberty⁹⁷, plantean dos hipótesis acerca de la causalidad en la relación existente entre creencias conspirativas y percepciones del poder, en concreto, en cuanto al sentido de impotencia personal percibida. En primer lugar, proponen una hipótesis confirmatoria, según la cual, las percepciones sobre la carencia de poder personal estimularían la creencia en teorías conspirativas, ya sea por dotar de cierto sentido a un mundo percibido como dominado por fuerzas malignas más allá del control del sujeto, por proveer de explicaciones a sus dificultades mediante la creación de patrones (con independencia de que sean ilusorios) o por ser congruente con la percepción de uno como impotente de acuerdo a un sesgo de confirmación. Por otro lado, los autores ofrecen una hipótesis de refuerzo, que, al contrario, sugiere que la creencia en teorías de la conspiración es la causante del sentido de impotencia: si el sujeto cree que el mundo está controlado por una pequeña élite es lógicamente probable que no se sienta capaz de influir en la sociedad como miembro de una comunidad democrática. Sin embargo, la bidireccionalidad no es descartada⁹⁸.

En este sentido, según la hipótesis de refuerzo que acabamos de introducir, dado que la adhesión a relatos conspirativos incrementa el sentido de impotencia, parece lógico inferir que esto operará en detrimento de un sentido de eficacia política, conduciendo a compor-

⁹¹ Son relevantes aquí las consideraciones de Blumenberg sobre los mitos políticos y sociales del siglo XX. La posición de Blumenberg, por ejemplo, se desmarca con claridad de la de Georges Sorel, al entender que con su concepto de mito social se ha reducido su sentido al mínimo posible, de modo que, antes que relatar una historia, se converge con el dogma, técnica por excelencia para la exclusión de herejías, tocando “un trasfondo de deseos, de repulsas, de voluntades de poder” (H. Blumenberg, *Trabajo sobre el mito*, *op. cit.*, p. 246).

⁹² M. Frade Blas, *Hans Blumenberg y Carl Schmitt: secularización política y reocupación retórica* [Tesis doctoral], Getafe, Universidad Carlos III (Director de tesis: Carlos Thiebaut), 2015, pp. 385-386.

⁹³ E. Laclau, *op. cit.*, p. 161.

⁹⁴ La cuestión de la importancia del diseño y la planificación en la lógica conspirativa, presente en la aproximación de Barkun (2013), encuentra igualmente resonancias con algunos aspectos de la racionalidad neoliberal. En este sentido, como muestra, cabe citar la reciente obra de Javier López Alós, *El intelectual plebeyo*, en la que afirma: “En congruencia con la racionalidad neoliberal, la carrera ideal de alguien debe ser la ratificación de su destino según un plan implacablemente trazado, tan lógico y racional como necesario su cumplimiento” (J. López Alós, *El intelectual plebeyo. Vocación y resistencia del pensador alegre*, Salamanca, Taugenit, 2021, p. 101).

⁹⁵ M. Barkun, *op. cit.*

⁹⁶ M. Fenster, *op. cit.*, pp. 157-158.

⁹⁷ R. Imhoff y P. Lamberty, “Conspiracy beliefs as psycho-political reactions to perceived power”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, 2020, pp. 192-205.

⁹⁸ *Ibidem*, pp. 198-199.

tamientos de pasividad política frente al *statu quo*. El resultado lógico que se deriva de esto es un incremento de las asimetrías de poder, en tanto el sujeto que se percibe como impotente probablemente será crecientemente seducido por las narrativas conspirativas según un “principio de escalada”, aumentando así su sentido de impotencia y de pasividad. Sin embargo, según un “principio homeostático”, el sujeto que se percibe como carente de poder y que es atraído hacia creencias conspirativas puede, de esta forma, adquirir cierto sentido de agencia y potencia al sentirse capaz de desentrañar la conspiración de la que es víctima, un primer paso para exponerla y eventualmente detenerla. Así, podrían motivar más que desincentivar la acción política, especialmente la no normativa, pudiendo así conducir a nivelar las diferencias de poder. En cualquier caso, de nuevo, los autores no descartan que ambos escenarios (escalada y homeostasis) sean compatibles⁹⁹.

Imhoff y Lamberty desembocan en este punto en una paradoja. Según la literatura de la psicología social sobre el poder, el sentido de impotencia aparece relacionado con una mayor tendencia a cumplir las normas establecidas, mientras que altos niveles de poder, con mayor autonomía con respecto a las reacciones de otros, tendrían que ver con una mayor tendencia hacia conductas no normativas. Por otro lado, la literatura sobre la acción colectiva, relaciona bajos niveles de poder percibido con una mayor inclinación hacia la acción política no normativa y, por tanto y en oposición a lo anterior, con una menor adhesión a las normas establecidas, dado que los sujetos de este tipo no tendrían nada que perder y, por tanto, tampoco se sienten conminados a tener en cuenta las posibles reacciones de los demás. Después de todo, el sentido de impotencia se relaciona positivamente con la creencia en teorías conspirativas, una conducta poco normativa. Pese a que los autores reconocen que no existe una solución satisfactoria, ofrecen una posible forma de dotar de sentido a la paradoja. Según esta, existiría una relación curvilínea, de modo que niveles muy altos y muy bajos de poder se relacionan positivamente con un menor cumplimiento normativo¹⁰⁰, mientras que serían los estratos con niveles medios de poder aquellos más tendentes a la normatividad. De cualquier modo, los autores concluyen que una investigación más exhaustiva

al respecto es necesaria para dilucidar este tipo de relaciones sugeridas de una forma más afinada¹⁰¹.

12. Teoría conspirativa: una forma de teodicea contemporánea

Es el desnivel existente entre los sentidos subjetivos de impotencia política y omnipotencia epistemológica (estimulados ambos por la adhesión a teorías conspirativas) lo que la construcción populista, que además de identificar al enemigo afirma que es capaz de derrotarlo, parece susceptible de poder llenar mediante la vinculación afectiva con el líder. No obstante, Villacañas afirma que, dado que el populismo surge de la equivalencia de una serie de demandas insatisfechas, una vez llegue al poder, se verá empujado por su propia lógica a seguir enunciando la insatisfacción de las demandas para continuar evocando discursivamente al pueblo, todavía objeto de las maquinaciones de una élite malévola que ahora opera en las sombras¹⁰². Así, la lógica conspirativa parece funcionar al mismo tiempo como una de las formas de posibilitar o intensificar el vínculo afectivo pueblo-líder, al estimular (y prometer nivelar) cierto sentido de impotencia política en el sujeto aislado, y como el relato, de naturaleza teodiceica, que explica la impotencia política del propio proyecto populista en el poder.

En estas circunstancias, las teorías de la conspiración son susceptibles de convertirse en una herramienta de emergencia del populismo, cuando enfrenta su incapacidad de operar cambios reales una vez accede a posiciones de poder y se ve obligado a seguir recreando la condición de posibilidad que le hizo emerger: identificar un poder (ahora oculto) responsable de la persistente insatisfacción de las demandas. Allí donde la teoría de la conspiración se detiene —ante la imaginaria contemplación gozosa de la ubicuidad radical del enemigo y lo descomunal de sus recursos respecto al desamparo del sujeto— el populismo ofrece una respuesta que está llamada a llenar ese sentido subjetivo de carencia radical de potencia. Por ello, siempre que no sea capaz de generar una adecuada institucionalidad popular de ampliación de derechos y oportunidades¹⁰³, es muy probable que necesite recrear constantemente nuevos y más ocultos aspectos de la conspiración de la élite contra el pueblo para mantenerse pregnante. El objetivo es que la tensión antagonista no decaiga, de la misma manera que la teodicea busca mantener la tensión apocalíptica en momentos de persistencia del mal y postergación escatológica.

La teodicea¹⁰⁴ se ha relacionado con las descripciones de dios y sus relaciones con la humanidad, las justificaciones de su bondad, las explicaciones acerca

⁹⁹ *Ibidem*, p. 201.

¹⁰⁰ Estas consideraciones resuenan intensamente con algo que ya expuso Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*. Allí, la autora titula el segundo epígrafe del capítulo que abre la tercera parte de la obra precisamente como *La alianza entre el populacho y la élite y, con respecto a un escenario de desmoronamiento sistémico (en concreto, del sistema de clases), afirma: “Este quebrantamiento, cuando la presunción de una espúrea respetabilidad dio paso a una desesperación anárquica, pareció ser la primera gran oportunidad tanto para la élite como para el populacho” (H. Arendt, op. cit., p. 269). Unas cuantas páginas después, Arendt procede a añadir: “La alianza temporal entre la élite y el populacho se basó ampliamente en este genuino placer con el que la primera veía al segundo destruir la respetabilidad” (H. Arendt, op. cit., p. 274). Sin duda parece hallarse aquí cierto vínculo entre los estratos más altos y más bajos de la sociedad, precisamente en un momento de quiebra sistémica, y que tiene que ver con la desinhibición con respecto al cumplimiento normativo; todo lo cual resulta en gran parte congruente con la propuesta de una relación curvilínea entre normatividad y poder sugerido por Imhoff y Lamberty.*

¹⁰¹ R. Imhoff y P. Lamberty, *op. cit.*, pp. 201-202.

¹⁰² J. L. Villacañas, *Populismo, op. cit.*, pp. 88-89

¹⁰³ M. L. Cadahia, *El populismo es el fantasma del neoliberalismo / Entrevistada por Genaro Rodríguez Navarrete*, América Latina en movimiento, 2018. <https://www.alainet.org/es/articulo/192828>

¹⁰⁴ Término acuñado por Gottfried Leibniz en 1710, en su obra *Essais de Théodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal*.

de la existencia del mal en el mundo y de la postergación de su derrota definitiva. Esta cuestión, asimismo, ha sido analizada por Max Weber desde una perspectiva social, en cuanto a la inclinación humana a encontrar explicaciones sobre aspectos problemáticos de la sociedad¹⁰⁵. En consideración de que populismo y neoliberalismo parecen estar tensa y solidariamente relacionados y de que el neoliberalismo puede ser interpretado como una forma de teología política que trata de configurar un tipo de comunidad de salvación, parece lícito explorar la posibilidad de que las teorías conspirativas también asuman algún tipo de función explicativa del mal y de la postergación del ingreso en la comunidad de salvación neoliberal. En este sentido, parece posible identificar dos explicaciones teodiceicas ortodoxas del dogma neoliberal: una basada en una concepción del mal-culpa, cometido, que intenta operar una reconciliación de los perdedores del neoliberalismo con su propio fracaso, asumiendo responsabilidad y culpa con respecto a él, eximiendo de ellas al soberano anónimo y opaco del poder mundial y siendo, por tanto, fundamentalmente propicia en momentos hegemónicos del neoliberalismo; y otra fundamentada en una idea del mal-desgracia, sufrido, inmerecido y que bloquea la explicación sobre sus causas, siendo hacia la que la ortodoxia orbita en momentos de agotamiento neoliberal, en los que la reconciliación del perdedor con su propio fracaso en los términos de responsabilidad y culpa encuentra más obstáculos.

Pero, además, cabría concebir a las teorías conspirativas como explicaciones del mal, de apariencia heterodoxa y de carácter gnóstico, en las que se endosa toda la culpa del mal del mundo a un enemigo oculto cada vez más poderoso, gobernante secreto del mundo, que llegará a estar revestido de una naturaleza cósmica cercana a la de una deidad maligna, corruptora, responsable de la exclusión del sujeto aislado, inocente e ignorante de la comunidad de salvación neoliberal. Para Blumenberg, “el gnosticismo no precisa de ninguna teodicea, pues el buen Dios no se ha mezclado con el mundo”¹⁰⁶, pero si esto es así es porque resuelve *avant la lettre* y de manera radical el problema que la teodicea viene a solventar: el dios bueno no es de este mundo (un “orden del infortunio”¹⁰⁷), el cual ha sido creado por un dios invertido, demiúrgico y degradado, que empapa el mundo material y sus asuntos de mal, atenazando incluso la interioridad de los sujetos inocentes. Solo unas pequeñas porciones de *pneûma* esparcidas por el mundo y aprisionadas en los cuerpos (de algunos) quedan libres de corrupción y habrán de ser redimidas por el salvador enviado por el dios bueno y desconocido. Si abordamos tentativamente la teoría conspirativa contemporánea como una recepción parcial del mito gnóstico aplicado a la dimensión

teológica del neoliberalismo en crisis, cabría plantear si, en determinadas condiciones, el líder populista que se sirve de una lógica conspirativa, dada la relación existente entre neoliberalismo y populismo, promete asumir las funciones del salvador gnóstico enviado por el dios verdadero y desconocido.

La pregnancia que los fundamentos gnósticos de las teorías conspirativas contemporáneas pueden aportar para encriptar la experiencia subjetiva neoliberal¹⁰⁸ parece que reclama atención: plantean un enemigo maligno ubicuo, corruptor y gobernante secreto de todo, que penetra en la interioridad y la dimensión libidinal del sujeto, el cual lo obedece realmente a él creyendo que se obedece a sí mismo. Cabría preguntarse, entonces, si la teoría de la conspiración es también parte del utillaje de emergencia del neoliberalismo, que así se permite, en momentos de crisis, seguir excitando el psiquismo de los sujetos con un plus-de-goce particular, basado precisamente en su exclusión de la comunidad de salvación neoliberal, pero sin que el *statu quo*, la estructura de relaciones de poder realmente existente, o el soberano anónimo del poder mundial de la teología política neoliberal, queden verdaderamente en entredicho o sujetos a responsabilidad.

Parece significativo observar lo siguiente: mientras que, en un momento de clara hegemonía neoliberal, la paranoia aparece representada como una vía virtuosa al éxito¹⁰⁹ y, por tanto, como un modo de responsabilizar al sujeto (no virtuosamente paranoide) del mal de su potencial fracaso¹¹⁰; por otro lado, en momentos de crisis y agotamiento neoliberal, en los que la responsabilización del sujeto encuentra más obstáculos, la paranoia conspirativa pasa de un carácter ortodoxo a un registro retórico más heterodoxo, asumiendo la función de endosar la responsabilidad del mal a un tercero, un enemigo oculto todopoderoso que conspira contra la mayoría. El hilo conductor en ambos casos consiste en que el soberano anónimo, la estructura del poder mundial neoliberal, esquiva la responsabilidad sobre el mal que auspicia. Así, la responsabilidad sobre el mal recae sobre las fuerzas de una élite maligna que opera secretamente contra la mayoría impotente. Ya sea como un modo de desplazar la responsabilidad y justificar la impotencia política del proyecto populista, cuando no es capaz de generar institucionalidad, ampliar derechos u operar cambios reales; o, desde la perspectiva del neoliberalismo y su teología política, como uno de los modos de administración de su propia impotencia en el intento de configuración de una comunidad de salvación relativamente deseable y accesible.

¹⁰⁵ M. Weber, *La política como profesión* (Trad. Joaquín Abellán), Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, p. 140.

¹⁰⁶ H. Blumenberg, *La legitimación de la Edad Moderna*, Valencia, Pre-Textos, 2008, p. 126.

¹⁰⁷ *Idem*.

¹⁰⁸ Resulta interesante la sofisticada forma de encriptar miedos sociales de las teorías conspirativas. Como si, por ejemplo, fuese más cómodo pensar que élites satánicas alargan su vida con adrenocromo extraído de bebés aterrorizados que asumir que el capitalismo desbordado hace del futuro un infierno para las nuevas generaciones.

¹⁰⁹ A. S. Grove, *op. cit.*

¹¹⁰ Dicho de otro modo, en términos conspirativos, una hegemonía neoliberal ideal es aquella en la que el sujeto singular se convierte –y, cabría añadir, gozosamente– en el chivo expiatorio perfecto.

Bibliografía.

- Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1998.
- Bangerter, A., Wagner-Egger, P. y Delouvé, S., “How conspiracy theories spread”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 206-218.
- Barkun, M., *A Culture of Conspiracy. Apocalyptic Visions in Contemporary America* (Second, Ser. Comparative studies in religion and society, 15), Berkeley, University of California Press, 2013. <https://doi.org/10.1525/9780520956520>
- Bergman, E., *Conspiracy & Populism. The Politics of Misinformation*, Cham, Palgrave Macmillan, 2018.
- Bergman, E. y Butter, M., “Conspiracy Theory and Populism”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 330-343.
- Biddlestone, M., Cichoca, A., Žeželj, I. y Bilewicz, M., “Conspiracy theories and intergroup relations”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 219-230.
- Blanuša, N. y Hristov, T., “Psychoanalysis, critical theory & conspiracy theory”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 67-80.
- Blumenberg, H., *Trabajo sobre el mito*, Barcelona, Paidós, 2003.
- , *La legitimación de la Edad Moderna*, Valencia, Pre-Textos, 2008.
- Brown, W., *El pueblo sin atributos*, Barcelona, Malpas Ediciones, 2017.
- <https://public.ebookcentral.proquest.com/choice/publicfullrecord.aspx?p=5636117>
- Butter, M. y Knight, P., “General introduction”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 1-9.
- , “Conspiracy theory in historical, cultural and literary studies”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 28-42.
- Cadahia, M. L., *El populismo es el fantasma del neoliberalismo / Entrevistada por Genaro Rodríguez Navarrete*, América Latina en movimiento, 2018. <https://www.alainet.org/es/articulo/192828>
- Dean, J., *Publicity's Secret. How Technoculture Capitalizes on Democracy*, Ithaca, Cornell University Press, 2002.
- Featherstone, M., “The obscure politics of conspiracy theory”, Lancaster, *The Sociological Review*, 48, suppl. 2, 2000, pp. 31-45.
- Fenster, M., *Conspiracy Theories: Secrecy and Power in American Culture*, Minnesota, University of Minnesota Press, 2008.
- Fisher, M., *Realismo capitalista ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires, Caja Negra, 2016.
- Foucault, M., *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1998.
- Frade Blas, M., *Hans Blumenberg y Carl Schmitt: secularización política y reocupación retórica* [Tesis doctoral], Getafe, Universidad Carlos III (Director de tesis: Carlos Thiebaut), 2015.
- Giry, J. y Tika, P., “Conspiracy theories in political science and political theory” en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 108-120.
- Grove, A. S., *Only the Paranoid Survive*, New York, Crown Business, 1999.
- Heins, V., “Critical theory and the traps of conspiracy thinking”, *Philosophy & social criticism*, 33, 7, 2007, pp. 787–801. <https://doi.org/10.1177/0191453707081675>
- Huang, H. “Conspiracy and paranoid-cynical subjectivity in the society of enjoyment: a psychoanalytic critique of ideology”, *NTU Studies in Language and Literature*, 17, 2007, pp. 159-198. <https://doi.org/10.6153/2007.17.06>
- Imhoff, R. y Lambert, P., “Conspiracy beliefs as psycho-political reactions to perceived power”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 192-205.
- Jameson, F., “Cognitive mapping”, en C. Nelson and L. Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Basingstoke, Macmillan, 1998, pp. 347-58.
- Laclau, E., *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Lazzarato, M., *La fábrica del hombre endeudado*, Buenos Aires, Amorrortu, 2010.
- Leone, M., Madisson, M. y Ventsel, A., “Semiotic approaches to conspiracy theories”, en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 43-55.
- López Alós, J., *El intelectual plebeyo. Vocación y resistencia del pensar alegre*, Salamanca, Taugenit, 2021.
- Melley, T., *Empire of Conspiracy: the Culture of Paranoia in Postwar America*, Ithaca, Cornell University Press, 2000.
- McKenzie-McHarg, A., “Conceptual history and conspiracy theory” en M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*, New York, Routledge, 2020, pp. 16-27.
- Ruiz Sanjuán, C., “El populismo como espejo del neoliberalismo”, *Res Publica* 20, 2, 2017, pp. 383-390. <https://doi.org/10.5209/RPUB.56477>
- Thatcher, M. *No Such Thing as Society / Entrevistada por Douglas Keay*, Woman's Own, 1987. <https://www.margarethatcher.org/document/106689>
- Villacañas, J. L., *Populismo*, Madrid, La Huerta Grande, 2017.
- , *Neoliberalismo como teología política*, Ulzama, NED Ediciones, 2020.
- Weber, M., *La política como profesión (Trad. Joaquín Abellán)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.